

La tradición clásica: Un encuentro entre Filosofía y Filología. Una entrevista con Henar Zamora Salamanca

JORGE ROARO

HENAR ZAMORA SALAMANCA (VALLADOLID, 1961), es Profesora de Filología Griega en la Universidad de Valladolid, España. Doctora en Filología Clásica por la misma Universidad. Durante los primeros años, su línea de investigación se centró en la dialectología griega, tema sobre el que trató su tesis. Formó parte de equipos de investigación de su Departamento en los que se estudiaban temas relacionados con la adivinación y la magia en la antigua Grecia y su influencia posterior. La oportunidad de



impartir docencia en la carrera de Filosofía, además de la correspondiente en Filología Clásica, la acercó a la filosofía griega antigua, principalmente la de Época Arcaica, en relación con la cual hizo algunas publicaciones como: «Poesía y filosofía en el pensamiento griego arcaico» (en *Teoría y práctica de la composición poética en Grecia y Roma y su pervivencia*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2007), «La búsqueda de lo Divino en la Grecia antigua: el camino en el que se encuentran religión y filosofía» (en *¡Que los dioses nos escuchen! Comunicación con lo Divino en el mundo greco-latino y su pervivencia*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2012), «Enseñar a vivir: la importancia del maestro en la filosofía griega desde sus orígenes» (en *Agalma: Ofrenda desde la*

Filología Clásica a Manuel García Teijeiro. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2014), «Creencia en Dios, agnosticismo e irracionalidad atea en el debate filosófico–sofístico de la Grecia Clásica» (en *Pensar y conocer a Dios en el s. XXI*. Madrid, 2016), dan evidencia de una amplia labor intelectual.

Su colaboración desde hace años en el programa de enseñanzas de «Lenguas bíblicas y orientales» del Instituto Bíblico y Oriental de León (en su sede de Valladolid), así como en la docencia de la asignatura de Griego Bíblico en el Estudio Teológico Agustiniano de Valladolid han contribuido a su interés actual por los textos griegos cristianos de los primeros siglos y la aportación tan importante de alguno de estos autores en la transmisión textual de las obras de los filósofos griegos arcaicos. En la siguiente entrevista, presentamos una investigadora y profesora que ha sabido entrelazar aguda e ingeniosamente los intersticios entre la Filosofía y la Filología de la tradición clásica.

1. Henar, tú has hecho toda tu carrera en Filología Clásica, donde te has especializado en el estudio filológico del latín y, sobre todo, del griego antiguo; sin embargo, tu interés fundamental siempre ha estado centrado en los textos de los filósofos antiguos. Desde esta doble perspectiva, ¿qué tan fundamental te parece la relación entre ambas disciplinas, la filosofía y la filología?

Lo cierto es que mi interés por la filosofía griega antigua surgió después de varios años, una vez que me doctoré siguiendo una línea de investigación en dialectología griega. Por entonces me interesaba mucho la lingüística griega y por eso me dediqué a ello en los años siguientes a la finalización de la Licenciatura. Después de leer la tesis, me empezó a interesar el mundo de la filosofía griega desde sus orígenes y tuve la oportunidad de impartir algunas clases en una asignatura de la Licenciatura de Filosofía en la que se trabajaba con textos griegos arcaicos y clásicos; yo compartía la asignatura con otro profesor y aprovechaba a ir también a sus clases para que mi docencia fuera de verdad complementaria y aportara una visión coherente a los alumnos desde el análisis filológico de los textos. La experiencia fue estupenda (teniendo en cuenta que los alumnos no sabían nada de griego antiguo y que yo me encargaba de iniciarles en los rudimentos gramaticales de esta lengua para comprender con una mínima base filológica aquellos textos) y desde ese momento me di cuenta, por un lado, de que mi formación en filología clásica era un instrumento utilísimo para profundizar en la filosofía antigua; y, por otro, de que el estudio de esta área de conocimiento en la cultura griega se

mostraba sumamente interesante y fundamental para conocer los cimientos de nuestra cultura Occidental, por lo que, a partir de ese momento el interés de mi investigación fue por ese camino, y he seguido impartiendo docencia en la carrera de Filosofía además de la correspondiente en Filología Clásica.

Después de bastantes años de «transitar» académicamente por el doble camino de la filosofía griega antigua y la filología griega, puedo decir, que esta última es un instrumento imprescindible para el verdadero conocimiento de aquella.

2. Es un hecho innegable que hoy en día, la inmensa mayoría de los filólogos no llega jamás a plantearse ninguna cuestión filosófica a lo largo de sus carreras, mientras que la inmensa mayoría de los filósofos no llegan nunca a aprender las lenguas clásicas que, hasta no hace mucho tiempo, constituían uno de los pilares de la enseñanza filosófica. ¿A qué piensas que se deba esto, y qué consecuencias imaginas que pudiera tener para el futuro de ambas disciplinas?

El estudio de las lenguas clásicas, como es bien sabido, siempre estuvo presente en los planes de educación de la enseñanza secundaria, porque se consideraba imprescindible para la formación de los alumnos. De este modo, quienes continuaban sus estudios en la Universidad, llevaban un bagaje muy importante en el que se seguía profundizando en las carreras de la Facultad de Filosofía y Letras. Sin embargo, hace ya varias décadas el estudio del latín y el griego empezó a ponerse en cuestión y comenzaron a diseñarse planes de estudio en los que estas asignaturas quedaban visiblemente recortadas tanto en la enseñanza media como en la Universidad. De este modo, en carreras como Filosofía el estudio de las lenguas clásicas quedó, en todo caso, como una opción mínima, por lo que los alumnos se podían licenciar incluso sin haber cursado nunca ninguna asignatura de latín o griego. Esta situación mostraba que en la formación de Filosofía se consideraba innecesario el conocimiento de las lenguas en que están escritos los grandes textos filosóficos que fundamentan la propia historia de la filosofía, a favor de asumir sin reparos que es suficiente el manejo de traducciones, hechas, obviamente, por quien aún pudo estudiar estas lenguas. Sin embargo, la falta de un «relevo», por así decirlo, en este dominio provocaría que la revisión directa de los textos, el volver a ellos por parte del estudioso quede relegado a determinados «especialistas» de una época cuyas ediciones y traducciones pasan a ser el texto definitivo de los autores antiguos y, por lo tanto, la base de toda relectura y hermenéutica. La

actualización necesaria que el filósofo debe hacer de estos textos en su contacto directo con ellos quedaría, pues, supeditada a la mediación de otros estudiosos, con lo cual se tendería a asumir como propios prejuicios, tópicos e incluso interpretaciones incorrectas de los autores y sus épocas.

3. Actualmente es relativamente común que muchas personas dedicadas a la filosofía griega —historiadores de la filosofía que escriben sobre ella, o profesores universitarios que la enseñan, o investigadores que hacen sus tesis doctorales sobre algún pensador griego, etc.—, no tengan ningún conocimiento del griego antiguo, y, por lo tanto, manejen únicamente textos traducidos a las lenguas modernas. ¿Crees que es realmente posible entender el universo intelectual de los antiguos griegos sin entender su lengua?

Como acabamos de decir, sin un conocimiento, al menos básico, de la gramática del griego antiguo el estudioso que quiera profundizar en el pensamiento de estos filósofos no terminará de hacerlo, pues le faltarán las claves fundamentales de comprensión de un texto que ha sido escrito en un contexto cultural determinado y dentro de una tradición que, obviamente, el autor no ha podido dejar de lado, tanto en lo que se refiere al «material» heredado como al género literario en que se transmite esa obra. El estudio de una lengua siempre conlleva el de la cultura a la que pertenece, en la que han surgido —en el caso de una lengua antigua como el griego— esos textos escritos, por eso es imprescindible poder entenderlos en el original para poder acceder de verdad a ese «universo intelectual» que contienen.

4. Desde luego, un argumento recurrente entre los filólogos clásicos para defender su posición particular dentro del conocimiento humanístico, es que si uno quiere verdaderamente entender a un pensador antiguo, tiene que hacerlo desde el conocimiento de su lengua original, ya que una traducción, por buena que sea, jamás podrá ser un auténtico equivalente semántico del original. Sin embargo, puesto que una de las labores principales de los filólogos clásicos es precisamente la traducción de los textos antiguos, ¿no es esto finalmente cuestionar el fundamento de su propia razón de ser? Después de todo, la inmensa mayoría de los filósofos nunca llegaremos a dominar las lenguas clásicas —una empresa que requiere la dedicación plena de toda una vida de estudio—, pero, precisamente por esto, confiamos en la capacidad de las

traducciones que nos entregan los filólogos para reflejar con precisión el pensamiento antiguo.

Es cierto que una tarea que se deriva del quehacer filológico es la traducción del texto y, por lo tanto, se espera que ésta garantice el adecuado trasvase del mensaje original a la lengua de recepción, pero justamente por lo que sabemos que supone ese *trans-ducere* el estudioso necesita unos conocimientos, al menos fundamentales, del código lingüístico del que se parte, porque esto, como hemos dicho antes, implica un acercamiento verdadero a la cultura que habla esa lengua, y, si se trata de una lengua antigua como el griego, esto es aún más necesario para comprender una época que resulta lejana al filósofo actual. Como, efectivamente, en la mayor parte de los casos no será posible adquirir una formación filológica sólida, esos conocimientos de base permitirán al filósofo aprovechar adecuadamente la «asistencia» que le proporciona el filólogo; pero sin siquiera unos rudimentos básicos sobre el griego antiguo el saber filológico fundamental para trabajar con los textos filosóficos antiguos quedará como mera información desintegrada.

5. Nuestro conocimiento de los filósofos antiguos es bastante disparejo, y mientras que algunos han sido profusamente estudiados en todos los aspectos de su pensamiento y obras, como Platón o Aristóteles, de otros tenemos un conocimiento fragmentario y terriblemente incompleto, como es el caso de los filósofos presocráticos, que en mucho siguen siendo un misterio para nosotros. ¿Crees que esto se debe fundamentalmente a un problema de traducción, es decir, a la dificultad para entender realmente su lenguaje?

No, aquí entramos en la cuestión fundamental para el estudioso de la filosofía griega antigua, que es la transmisión de los textos. En el siglo VI a. C., la copia de los libros, como bien puede suponerse, es una tarea costosa que aún no ha adquirido las dimensiones a las que poco a poco llegó con el tiempo, y la tradición oral es aún muy potente (no hay que olvidar que, aunque ya se escriben libros, estos se siguen «oyendo», puesto que son muy pocos quienes saben leer, y es uno el que lo hace en alto). Por ello, las obras de los primeros filósofos se transmiten sobre todo de forma oral en citas directas e indirectas por parte de autores posteriores. Podemos ver las primeras en Platón y sobre todo en Aristóteles, en cuyo libro I de *Metafísica* se encuentra, como es bien sabido, la recopilación y crítica que ha marcado tradicionalmente la interpretación de los filósofos arcaicos. Teofrasto, por su parte, escribió una

obra específica de este tipo, con la que se inician las llamadas obras doxográficas, que van a ser fuente muy importante para la transmisión y conocimiento de los filósofos arcaicos. Por todo ello, se entiende que lo que nos ha llegado de estos autores sean sólo fragmentos, y no de todos, puesto que de algunos sólo sabemos lo que se dice sobre ellos y su obra. Esta es la razón de que no podamos conocerlos del modo como hemos llegado a hacerlo con Platón, Aristóteles, etc., autores que pertenecen a una época en que la transmisión de los textos escritos está más asentada. En consecuencia, no es la cuestión de la traducción de los textos de la filosofía arcaica lo que dificulta el conocimiento más preciso de estos pensadores, sino, como decíamos, el problema de la transmisión fragmentaria y en muchos casos indirecta de su obra.

6. La imagen que la historia tradicional de la Filosofía ha recogido de los filósofos presocráticos es la que corresponde a la infancia de la filosofía. ¿Te parece justa esta imagen popular de este periodo del desarrollo del pensamiento filosófico?

Aquí hay que tener en cuenta que esa imagen de la filosofía arcaica está marcada por la valoración que Aristóteles hace de ella en sus conclusiones sobre el pensamiento de estos autores al final del libro I de *Metafísica*, donde viene a decir que las carencias, por así decirlo, de esta filosofía se comprenden porque «es una filosofía que balbucea», o sea, que está comenzando. Sin embargo, conviene recordar que el repaso que hace el Estagirita de estos autores no está motivado por un análisis exhaustivo e «histórico» de su obra, sino simplemente por revisar en su pensamiento cómo han planteado la cuestión de «las causas», para aprender de ellos lo que hayan podido decir sobre este tema fundamental en filosofía. De acuerdo con esto hay que entender esta valoración, que viene dada, inevitablemente, por una visión parcial que da lugar a esa interpretación «biologicista», al identificar la filosofía de la primera etapa con características propias de lo que está comenzando y aún no ha llegado a su madurez. En Aristóteles, esto se entiende, como decimos, porque hace una valoración desde un aspecto concreto del pensamiento arcaico, lo que ocurre es que esta interpretación ha quedado como «general» para toda la filosofía arcaica, que tradicionalmente ha seguido considerándose «primitiva», a pesar de que al leer y analizar los textos que nos han llegado, aunque sean fragmentarios, es posible observar la profundidad

filosófica que ya tenían estos autores, cuyo «amor por la sabiduría» les lleva a no ponerse límites en su búsqueda de conocimiento, y por ello sus intereses no se circunscriben a la observación de la naturaleza, sino que en ellos (como en los filósofos posteriores) esto forma parte de ese «ascenso» hacia la Verdad —con mayúsculas— al que siempre aspira el filósofo.

7. Evidentemente, los griegos arcaicos no iniciaron la historia del pensamiento filosófico simplemente poniéndose un buen día a escribir tratados de filosofía. Mucho antes de que hubiese tratados, o siquiera escritura, las primeras preguntas auténticamente filosóficas nacieron en la poesía, en los cantos de los aedos y rapsodas, en los aforismos de los presocráticos, y finalmente alcanzaron su plena madurez filosófica en los diálogos platónicos. Considerando esta relación indisoluble entre la forma poética y el contenido filosófico en la filosofía antigua, ¿qué te parece la insistencia obsesiva de un buen número de los profesionales de la filosofía hoy en día por querer «purificar» a la filosofía de cualquier influencia o relación con el lenguaje literario? ¿Te parece natural o justificable el rechazo *a priori* de un estilo literario o de toda preocupación estética al escribir sobre cuestiones filosóficas?

Si precisamos más, habría que decir que lo que encontramos en los poemas más antiguos, cantados en la cultura griega por los aedos y luego recitados por los rapsodos, son las respuestas a las grandes preguntas filosóficas, que en la obra de Homero están entrelazadas con los grandes relatos de un pasado grandioso y en las cosmogonías como la de Hesíodo constituyen en sí mismas toda la respuesta «poética» *in extenso* que el hombre griego ha dado a la pregunta de «¿de dónde viene todo?».

Entiendo, no obstante, que cuando se dice: «primeras preguntas», se está queriendo referir a que estas respuestas ponen en evidencia, obviamente, la pregunta que les da lugar. Efectivamente, como ocurre en toda tradición oral de cualquier cultura, aquello que realmente importa al hombre de esa cultura, aquello que debe servir de modelo y de enseñanza para las generaciones posteriores, se transmite de la forma más bella y pedagógica posible, para que quede con toda dignidad en la memoria de los oyentes; es por esto por lo que las obras de los primeros filósofos son en su mayoría poemas, ya que utilizan la forma heredada de su tradición (con todo lo que esto supone, no sólo en cuanto al metro, sino a la lengua y recursos estilísticos) para expresar su pensamiento; es decir, están recurriendo al vehículo de transmisión más

adecuado para un contenido realmente «noble e importante», cual es la poesía. Es cierto que ya para filósofos posteriores como son Aristóteles y sus discípulos del Liceo, esta forma literaria se considera un tanto inadecuada para la filosofía, según puede leerse en algún comentario donde explícitamente lo dice el Estagirita o Teofrasto; pero esto hay que entenderlo desde la época a la que pertenecen ambos, en la que el uso de la prosa ya está generalizado y bien establecido por grandes autores como Platón dentro de la filosofía, quien además nos ha legado el modelo de la forma literaria del diálogo, obviamente en prosa, pero nunca despojada de belleza y elaboración estilística.

Teniendo en cuenta esto, se puede afirmar que no debería considerarse propio del lenguaje filosófico evitar todo aquello que lo ennoblece; al contrario, puesto que la filosofía trata sobre las grandes cuestiones que interesan al hombre, no será extraño a ella recurrir a la función poética del lenguaje (la predominante en sus orígenes), para poder desplegar todo el potencial explicativo, que deberá ir unido siempre al rigor y la claridad expresiva, como hacían ya los filósofos griegos clásicos, en ese uso elevado de la prosa que los caracteriza.

8. Hasta hace poco tiempo, la enseñanza de las lenguas clásicas era obligatoria en la mayoría de las Facultades de Filosofía en todo el mundo occidental. Luego, esta enseñanza fue convertida simplemente en una asignatura optativa, y finalmente desapareció del todo en muchas universidades, mientras que en otras ha sido sustituida por meros cursos de terminología filosófica, donde a los alumnos, en vez de enseñarles griego y latín, simplemente se les familiariza con un puñado de términos griegos clave para entender las principales ideas de Platón o de Aristóteles. De proseguir esta tendencia, ¿crees que la filología clásica y la filosofía terminarán por ser completamente separadas e independientes una de la otra, o, por el contrario, crees que esta es una tendencia artificial o contraproducente que tarde o temprano tendrá que ser revertida?

Como venimos diciendo, la filología clásica es el instrumento natural de la filosofía, pero la tendencia actual a minusvalorar las humanidades y principalmente el estudio de las lenguas que las sustentan está relacionada con la idea de «superación» de la tradición y la aceptación de que lo nuevo o lo innovador lleva consigo la cualidad de «bueno». Desde esta mentalidad, desde luego, la filología clásica no se reconoce como necesaria para la tarea filosófica;

al contrario, vendría a ser un estorbo, pues «retendría» en el pasado al filósofo contemporáneo, que debe ser «libre» de prejuicios y estar en su tiempo. Sin embargo, esta forma de ver las cosas lleva consigo un deterioro del pensamiento filosófico que se banaliza y termina por olvidar su propia esencia, que es «el amor por la sabiduría», aquello que lo originó. Así pues, la filosofía contemporánea con esa búsqueda de actualidad absoluta y miedo a supuestos condicionamientos de otras épocas, se separaría de su pasado, de manera que la filología clásica, ya nada tendría que aportar a la postmodernidad. Pero, aunque haya esta tendencia actual, lo cierto es que la filosofía, que surge en la Época Arcaica de la cultura griega, es inseparable de la cultura en la que nace, puesto que pasa a la cultura romana que la recibe y la hace suya, y el pensamiento cristiano la toma también para sí en ese diálogo apologético de los primeros siglos de nuestra Era. Siendo conscientes de esto, podemos afirmar que la filosofía sigue y seguirá necesitando de la filología clásica para poder volver siempre al estudio de esas etapas fundamentales de la Antigüedad grecorromana y cristiana.

9. A partir del Renacimiento, y hasta hace unos ciento cincuenta años aproximadamente, cualquier persona realmente culta estaba obligada a manejar el latín con soltura, ya que el latín era la lengua internacional de la filosofía, las humanidades y las ciencias. De hecho, una de las ideas capitales del Humanismo renacentista, sobre todo en Italia, era que la verdadera cultura dependía por completo de su sustento lingüístico, y que éste no podía ser otro que el latín, ya que ésta era la única lengua de la que se podía afirmar que siempre había sido inequívocamente un instrumento civilizador de pueblos, religiones, costumbres, conocimientos y creencias. Hoy en día, evidentemente, el latín ha perdido por completo la batalla frente a las lenguas modernas: ¿crees que con ello hemos perdido algo irremplazable por las lenguas modernas, algo que sólo el latín podía darnos, y no, digamos, el inglés o el francés, o crees en cambio que el espíritu de la cultura clásica se puede adaptar sin mayores problemas a cualquier otra lengua hoy en día?

De nuevo volvemos a referirnos a la necesidad de conocer nuestro pasado cultural para poder comprender nuestro mundo actual. El latín, efectivamente, ha sido la lengua de nuestra cultura Occidental y los «restos» de esta realidad son bien patentes, a nivel lingüístico, no sólo en las lenguas romances naturalmente surgidas de él, sino en la influencia del mismo en el vocabulario

de lenguas no románicas, como con evidencia puede constatarse en inglés, por ejemplo. También hemos recordado que la lengua es el vehículo privilegiado de una cultura, de modo que creer que es posible un «trasvase» cultural absoluto para llegar a conocer la cultura clásica sólo a través de «su traducción» a lenguas modernas, dejando en el olvido definitivamente la lengua en que se transmitió, es una gran equivocación. Si nos quedamos sólo con las lenguas actuales en Occidente y no se potencia el estudio del latín, no podremos entender, sino superficialmente, todo el legado clásico. Las traducciones serán muy útiles, eso no se cuestiona, pero el problema es creer que son una sustitución total del original; no se trata de considerar que el latín (o el griego antiguo) son lenguas superiores a las modernas, sino de comprender lo que es una lengua y que sin el estudio siquiera de sus fundamentos gramaticales no es posible profundizar de verdad en los mensajes elaborados con ese código (dicho con términos que hacen referencia a los elementos de la comunicación), que siempre es único y por ello imprime un «sello» propio a los textos y que el traductor se esforzará en trasladar a la lengua de llegada, aunque inevitablemente no pueda «recoger» exactamente todo lo que él sí está comprendiendo porque conoce muy bien esa lengua. Por ello, si el latín dejara de estudiarse definitivamente y lo mismo el griego, la tradición clásica quedaría cercenada en su fuente, pues ya no se podría volver a los originales que la «custodian» en su totalidad para siempre.

10. Hoy en día la academia vive tiempos difíciles, al estar siendo obligada por los políticos y por los ideólogos del neoliberalismo comercial a adaptarse a criterios propios del manejo empresarial, donde todo lo que se persigue es alcanzar una mayor productividad, eficiencia, crecimiento comercial, y en general, adaptarse a criterios estrictamente utilitarios. En estas circunstancias, las humanidades han sufrido particularmente, y dentro de ellas, probablemente ninguna más que la filología clásica. Es un hecho que los departamentos de Filología Clásica están desapareciendo en muchas universidades, y que cada vez hay menos recursos, menos presupuestos, y menos alumnos interesados en seguir estos estudios. La idea que manejan los ideólogos que gobiernan o controlan el mundo académico hoy en día es que la filología clásica no representa un conocimiento «útil», y por lo tanto, no es necesario invertir en ella, y si termina por desaparecer del todo, será culpa de su propia incapacidad para adaptarse a los tiempos actuales. ¿Qué piensas de toda esta situación?

Como venimos diciendo, efectivamente, el cambio en la escala de valores de nuestra época ha determinado que haya llegado también a la Universidad ese «utilitarismo» que trae como consecuencia que las carreras deban estar vinculadas a las necesidades de la sociedad, entendiendo por «necesidades» todo aquello que es «productivo» para el bienestar y la mejora científico-técnica del hombre. Desde luego, con esta mentalidad, una carrera como filología clásica se ve como inútil, pues no genera «productos» que aporten algo en lo que se considera importante para la sociedad; y lo mismo pasa con el resto de las Humanidades, de modo que la inversión en ella supone, desde luego, un derroche para la sociedad. Lo que sale dañado de esta inversión de valores es el concepto de persona, que deja de verse como tal para pasar a ser un «individuo» consumidor que tiene unas necesidades materiales que deben cubrirse; justamente su parte espiritual se deja a un lado porque lo útil y lo material se complementan suficientemente. Bajo esta valoración de la persona está la eliminación de su trascendencia, idea que, como es sabido, se introdujo ya en la misma filosofía en época moderna. Sin embargo, el estudio de la Humanidades, que requiere el de las lenguas clásicas, permite «rescatar» el concepto de persona en toda su profundidad, pues pone en contacto al hombre actual con los textos del mundo antiguo grecorromano y, por lo tanto, con su verdadera historia cultural, en la que encontrará que una sabiduría que recorre el camino de Grecia y Roma, habla sobre él y le termina descubriendo el fundamento más sólido de su dignidad como persona, al llegar el encuentro entre la cultura grecorromana y la cristiana.

11. Una de las metas más claras que siempre tuvo la educación universitaria, aparte de la adquisición de conocimiento, fue la de formar a sus alumnos para hacer de ellos mejores personas, inculcándoles sólidos valores éticos y ciudadanos, además de fomentar hábitos de disciplina y rigor intelectual. Hoy en día, sin embargo, la universidad, como institución pública, ya no persigue ninguna meta formativa, ni tampoco parece ser el caso que las nuevas generaciones de alumnos la esperen. La función de la universidad de hoy se ha reducido, esencialmente, a simplemente preparar a los alumnos para su inserción en el mercado laboral. Considerando que una parte importante del valor que tradicionalmente se le adjudicaba al estudio de las letras clásicas era precisamente su capacidad de formar la cultura de una persona, ¿Te parece que el actual declive académico de la filología clásica es el resultado natural de la pérdida de entusiasmo de nuestra sociedad contemporánea por la cultura en

general, y sobre todo, por el esfuerzo que implica tratar de mejorar la cultura propia, en un sentido individual, con rigor y disciplina?

Desde luego, es evidente que en nuestra cultura actual los valores del esfuerzo, la disciplina y el compromiso con algo han sido sustituidos por la búsqueda de retribución inmediata y de todo aquello que facilite el «vivir bien», en un sentido bien distinto a cuando afirmaba Aristóteles que este era el fin de la *pólis* para el ciudadano. Por ello, «esa pérdida de entusiasmo por la cultura en general» es, en efecto, una consecuencia lógica, pues el hombre se conformará con informaciones cuyo acceso sea sencillo, cómodo y divertido, tal y como suele proponer la pedagogía actual, muy influida, lógicamente, por toda esta mentalidad. No obstante, previa a esto y también unida a ello está la idea de que «hay que romper» con lo tradicional, que nos ancla en el pasado, para poder «innovar»; lógicamente, con esta visión una sociedad no valorará en absoluto las lenguas cuyo estudio sirva para leer textos «antiguos» que nada tienen que aportar.

12. Una clara tendencia de varias de las corrientes filosóficas del último medio siglo ha sido la de despreciar, o incluso completamente ignorar, el estudio histórico del contexto en el que surgieron las diferentes teorías o ideas filosóficas, bien sea por sostener que el autor y sus circunstancias particulares son completamente irrelevantes para la comprensión de sus argumentos filosóficos, al estilo de los filósofos analíticos, o bien sea por afirmar que la intención e incluso las ideas del autor son irrelevantes porque su obra tiene un significado independiente que será reconstruido con cada nueva interpretación de la misma, como sostienen las teorías de los postmodernos con sus diversas variantes de la idea de la «muerte del autor». En el caso del pensamiento de los filósofos antiguos, ¿Te parece que sea posible entender realmente sus ideas y conceptos sin estudiar en paralelo las circunstancias históricas y lingüísticas del mundo en el que se originaron?

Como venimos diciendo, el estudio de las lenguas clásicas implica no sólo el aprendizaje de unas lenguas que se hablaron (que como tal ejercicio siempre es enriquecedor), sino el poder acceder al conocimiento de toda esa cultura antigua que permite al hombre occidental conocer su pasado y, por lo tanto, conocerse a sí mismo. Son lenguas que hoy día no se hablan (por lo que se las ha calificado de «lenguas muertas»), pero que nos siguen hablando a través de tantísimos textos que afortunadamente nos han llegado, superando el azaroso

camino de la transmisión escrita; y, si nos siguen «hablando», es porque lo hacen desde y en un contexto cultural muy variado en el que también se hicieron «oír», por eso necesitamos conocer bien esas circunstancias para poder recibir completo ese mensaje; porque, aunque pertenece a un contexto determinado histórico y lingüístico, sin embargo, es universal, es decir, al hombre de hoy le sigue hablando con toda actualidad, y es entonces cuando se reconoce también en esas circunstancias —que son de otra época— una «familiaridad» que no nos es ajena; por eso podemos decir que la lectura del texto «colabora» en dos direcciones: dirigiéndonos al pasado al que pertenece y a la actualidad de su contenido. Esto tiene una evidencia máxima en los textos filosóficos de la Antigüedad, por eso en la historia de su pensamiento, el estudioso no puede «saltarse» ninguna etapa ni proponer la «inutilidad» de conocerla.

13. Cuando nosotros leemos en la actualidad a los antiguos filósofos griegos, tendemos a imaginar que su terminología corresponde sin duda a un lenguaje técnico–filosófico, con el que nos sentimos familiarizados precisamente porque lo hemos estudiado integralmente con la historia de la filosofía y porque ha dejado su huella en nuestro propio lenguaje filosófico; sin embargo, muchas palabras y términos que usaron los primeros filósofos, y que luego heredaron Platón y Aristóteles, provenían originalmente de otros ámbitos que nada tenían que ver con sus inquietudes filosóficas, como el vocabulario jurídico, o el de la medicina, o la botánica, o bien eran palabras del lenguaje cotidiano que indicaban relaciones muy directas entre objetos ordinarios. ¿Te parece que sea posible entender realmente la dirección que tomó el pensamiento griego sin conocer los detalles etimológicos de las palabras con las que se formularon las primeras preguntas auténticamente filosóficas y desde las que se construyeron sus grandes conceptos, o, por el contrario, piensas que el interés de estas etimologías antiguas es fundamentalmente secundario respecto al conocimiento específicamente filosófico de su uso a manos de los pensadores griegos?

El estudio etimológico de las palabras, en concreto de los términos filosóficos técnicos es indispensable para poder comprender bien los textos en los que aparecen y utilizar adecuadamente su significado en la filosofía actual. Pero hay que recordar que un conocimiento etimológico aislado del estudio de la lengua a la que pertenecieron esas palabras, aporta una información muy limitada, reducida a aceptar lo que se nos dice que tal o cual término significaba. Se

necesita adquirir al menos una base gramatical para poder comprender en todas sus dimensiones esas palabras, su historia dentro de su lengua, la carga semántica que fueron adquiriendo desde un significado original que permanece en ellas, cómo algunas llegaron a especializarse, efectivamente, como términos técnicos filosóficos, pero en absoluto «inventados» para ello, sino que pertenecían al léxico de la lengua más antigua, como testimonian los textos que han llegado hasta nosotros. Por todo ello, es evidente que el estudio etimológico fundamentado del léxico filosófico antiguo es imprescindible para profundizar en la filosofía griega, y es inseparable del estudio de la lengua de sus autores.

14. Hoy en día la cultura popular ha impuesto la moda de imaginar a la filosofía como una especie de forma amable de «espiritualidad» que, además, debe ser considerada, *a priori*, como un patrimonio común de todos los pueblos, todas las épocas y todas las culturas, y así se suele hablar, incluso entre los mismos filósofos en las universidades, de una supuesta «filosofía oriental», o una «filosofía budista» o «filosofía zen», o una «filosofía maya», o una «filosofía inca», o de los «antiguos filósofos» egipcios, babilónicos o celtas, como si cada pueblo del pasado tuviera su propia forma de «filosofía» y todas fuesen perfectamente equivalentes unas a otras. Con ello, claro, termina pareciendo como si no hubiera nada particularmente valioso y único en el nacimiento de la filosofía en la antigua Grecia, más allá de ser la que origina nuestra propia tradición occidental. En tu opinión, ¿qué es aquello que sería particularmente distintivo del pensamiento intelectual de los antiguos griegos, y que lo hace diferente a otras creencias espirituales de otros pueblos y otras culturas?

Hay que recordar que la filosofía griega desde sus orígenes muestra en los textos que han llegado hasta nosotros, que la revisión de su tradición, en concreto sobre la cuestión de «lo divino» (central en toda cultura antigua) es lo que motiva ese impulso al conocimiento de la verdad, ese «amor por la sabiduría». En efecto, la crítica del pensamiento heredado sobre el concepto de «Dios» y todo lo que de ello se sigue, está en la base de la filosofía griega; ésta es una característica específica de esta cultura, en la que figuras como Sócrates representan por antonomasia al filósofo que mediante preguntas «pedagógicas» al interlocutor que se preste (es decir, que esté abierto al conocimiento y no acomodado a «sus verdades»), va despojándolo de todo error y falsedad en sus ideas para que emerja la verdad. Este proceso inherente al «filosofar» está

unido, como se ve, a otra acción única del hombre e inseparable del cuestionamiento que provoca la filosofía: el diálogo, la comunicación entre personas dispuestas sin reservas a aprender y compartir sus conocimientos de forma ordenada, para lo cual su *lógos* debe «discurrir por los cauces adecuados» (esto es lo que semánticamente aporta la preposición *diá* en el sustantivo compuesto griego *diálogos*).

La respuesta a la pregunta, por lo tanto, es que en la cultura griega se dieron esas características de espíritu crítico que invita a la revisión filosófica (¡no eliminación!) de la tradición heredada y del diálogo como un ejercicio propio del ser racional del hombre. Téngase en cuenta que cuando el cristianismo comienza a extenderse en suelo «pagano», su pensamiento puede entrar en diálogo con la filosofía griega tanto por la racionalidad de la Buena Nueva surgida en la cultura judía, como por la disposición «dialógica» inherente a la cultura helénica.

15. Muchos filósofos han considerado en diversos momentos que el griego antiguo es una *lengua filosófica* por naturaleza, es decir, que su estructura gramatical, morfológica y sintáctica permitía hablar de abstracciones —el *ser*, por ejemplo— con una flexibilidad imposible en otras lenguas. Algunos —Heidegger sería el ejemplo más obvio—, incluso han sugerido un tipo de «potencialidad filosófica» en el griego antiguo sólo comparable a la del alemán moderno, como una forma de relacionar a ambas tradiciones filosóficas y explicar la profundidad de su pensamiento. Dejando de lado el matiz ideológico de esta última posición, ¿qué tanto sentido tiene para ti, como filóloga, esta idea? ¿Realmente la filosofía nació en Grecia porque había algo específico en la lengua griega antigua que la hizo posible?

La lengua griega es una lengua indoeuropea, como el latín y otras que se derivaron de este tronco común. Sus características gramaticales de flexión nominal, capacidad de composición y derivación, y gran riqueza morfológica en general, las comparten las lenguas de esta familia. Es verdad que el griego tiene una especial riqueza léxica en el sentido de que dispone de campos semánticos en los que las palabras matizan con mucha precisión determinados significados como el de «saber», «ver», etc., incluso en su sistema de preposiciones, pero no por ello hay que pensar que estas características «impulsaron» al hombre griego a filosofar debido a que ese ejercicio de su capacidad racional se adaptara muy bien a la estructura de su lengua. No hay que olvidar que es propio del hombre

el deseo vivo de saber, como afirma Aristóteles en el comienzo de su *Metafísica*, y lo que se dio en el hombre griego fue una apertura sin restricciones, por así decirlo, a esa pasión por la sabiduría, lo cual le llevó a revisar, como hemos dicho, toda la tradición heredada. Las características gramaticales de su lengua, podríamos decir que «acompañan» a ese filosofar «asistiendo», por ejemplo, con la riqueza léxica de los campos semánticos o con la posibilidad de sustantivar todo tipo de palabras y sintagmas mediante el artículo, categoría de palabra que no tienen todas las lenguas, (por ejemplo, la existencia en griego del artículo neutro en singular y en plural permite una particular precisión expresiva).

La conclusión no debe ser que «sólo» en griego antiguo es posible filosofar (o en alemán, por su semejanza gramatical); esto no es exclusivo de los hablantes de una lengua concreta. Lo que sí se pone en evidencia es que es necesario estudiar la lengua en la que se escribe la filosofía, pues sin conocer el sistema lingüístico al que pertenecen esos textos no se puede comprender en profundidad su contenido.

16. Por último, y dejando de lado por ahora las cuestiones particulares de la filosofía y la filología, ¿qué piensas que gana una persona hoy en día al acercarse a la gran tradición cultural del pensamiento clásico? ¿Qué pueden ofrecerle los antiguos pensadores griegos y latinos al lector de hoy? O dicho en otras palabras: ¿por qué un lector actual podría querer acercarse al pensamiento de personas que murieron hace veinticinco siglos, en vez de quedarse únicamente con sus propios contemporáneos?

Esta pregunta da lugar a una respuesta que permite recapitular y sintetizar lo que venimos diciendo a lo largo de la entrevista. Ha quedado claro que el hombre actual necesita conocer con fundamento toda su historia cultural para poder comprenderse a sí mismo como persona tanto en la dimensión individual como social, y para tener un verdadero sentido crítico respecto de la realidad en la que vive. No puede ignorar que la época a la que pertenece es el resultado de todo un proceso, y que por ello su mirada retrospectiva debe estar educada para reconocer la verdad de la historia de su cultura, sabiendo que para ello debe formarse bien si quiere valorar e interpretar con fundamento el pensamiento de los grandes autores que le han precedido y juzgar los grandes acontecimientos. En este recorrido, será imprescindible remontarse a los orígenes de nuestra cultura Occidental, la Grecia antigua, y de la mano de los

grandes pensadores helénicos continuar el camino «en conversación» con ellos para encontrarse también con los grandes autores romanos, y, llegados a este punto, prepararse para entender el acontecimiento decisivo en el que se fragua el fundamento definitivo de nuestra cultura Occidental: el cristianismo y lo que supuso su diálogo filosófico con la cultura grecorromana.

Por ello, se puede afirmar como conclusión que el lector actual, si sólo se conforma con la lectura de sus contemporáneos, corre el riesgo, no sólo de desconocer los fundamentos de su cultura, sino de ser manipulado y «zarandeado» por ideas que aparentarán ser potentes y novedosas frente a las «antiguas y tradicionales» y que, sin embargo, no tendrán más sustento que la ignorancia de los que las reciben, quienes las admitirán de buen grado por no tener un criterio bien formado ni ninguna referencia sólida.

Definitivamente, sin un acercamiento a estos grandes autores de todos estos siglos, cuyas obras van dándonos las claves de nuestra cultura, o, al menos, sin el convencimiento verdadero de que esta tarea (aunque sólo pueda realizarse en parte, y su lectura «delegada» en traducciones de garantía) es la única que permite conocer de verdad la historia de nuestro pensamiento, nuestra sociedad actual caminará a la deriva detrás de cualquier «canto de sirena», desconociendo siquiera que desde la más remota antigüedad griega hubo un personaje llamado Odiseo que con sensatez quiso amarrarse al mástil de su barco para no pilotarlo hacia su destrucción, seducido por bellezas aparentes.

En efecto, sin la profunda sabiduría que ha recorrido el caudal de la cultura griega y romana, verificada, engrandecida e iluminada definitivamente por el cristianismo, el hombre actual habrá olvidado que es el único ser que tiene *lógos* y que esa relación con lo divino, que intuyeron los grandes filósofos griegos antiguos, quedó confirmada cuando llegó la plenitud de los tiempos en la cultura judía, que, en su universalidad, se asentó en suelo grecorromano, conformando la cultura occidental.

Recibido: 28-*Octubre-2016* | Aceptado: 19-*Diciembre-2016*



JORGE ROARO, es Investigador-FPI en la Universidad de Salamanca, España. Candidato a Doctor en Filosofía [PhD (c)] por la Universidad de Salamanca, con una tesis sobre la concepción filosófica de la guerra justa en el pensamiento de Juan Ginés de Sepúlveda. Sus principales áreas de interés son el Humanismo renacentista español, la crítica humanista de la cultura, la filosofía e historia del arte, la filosofía del lenguaje, la relación entre literatura y filosofía, la reflexión sobre el problema filosófico de la guerra, y los dinosaurios. Es co-editor de la revista filosófica *Disputatio*.

DIRECCIÓN POSTAL: Departamento de Filosofía, Lógica y Estética, Universidad de Salamanca, Campus M. Unamuno FES, 37007 Salamanca. e-mail (✉): jorgeroaro@usal.es

CÓMO CITAR ESTE TRABAJO: ROARO, Jorge. «La tradición clásica: Un encuentro entre Filosofía y Filología. Una entrevista con Henar Zamora». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 5:6 (2016): pp. 427–444.

© El autor(es) 2016. Este trabajo es un (Artículo. Original), publicado por *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* (ISSN: 2254-0601), con permiso del autor y bajo una licencia Creative Commons (BY-NC-ND), por tanto Vd. puede copiar, distribuir y comunicar públicamente este artículo. No obstante, debe tener en cuenta lo prescrito en la *nota de copyright*. Permisos, preguntas, sugerencias y comentarios, dirigirse a este correo electrónico: (✉) boletin@disputatio.eu

Disputatio se distribuye internacionalmente a través del sistema de gestión documental GREDOS de la Universidad de Salamanca. Todos sus documentos están en acceso abierto de manera gratuita. Acepta trabajos en español, inglés y portugués. Salamanca — Madrid. Web site: (✉) www.disputatio.eu